

Apuntes biotipológicos

de

Rodríguez Marín

(Decano de los Folkloristas españoles)

POR EL

DR. CASTILLO DE LUCAS

La personalidad de un hombre es muy difícil de clasificar de un modo perfecto y completo. Los datos anatómicos y los fisiológicos no son suficientes para definirla, modifícase ésta por las enfermedades y sobre todo por las reacciones psicológicas dependientes, tanto de causas constitucionales como en relación con el ambiente, dificultades de clasificación que se aumentan cuando se trata de personas tan eminentemente intelectuales y sensitivas como D. Francisco Rodríguez Marín en el que más que a los datos orgánicos hay que apelar a los espirituales que figuran en sus obras, que como hijos de su privilegiada inteligencia reflejan su sensibilidad y carácter.

Kretschmer clasifica en cuatro grupos la personalidad fundándose en la constitución somática o corporal y en relación con el psiquismo; estos grupos los denomina asténicos, pínicos, atléticos y displásicos. El tipo leptosomático o asténico se caracteriza por predominar en él la longitud a la anchura, es el tipo del hombre flaco, escuálido, piel pálida y seca, hombros y torax estrechos, brazos enjutos con manos huesudas, cabeza pequeña, facciones delicadas, nariz afilada y larga y algo corva, cara ovoideja alargada etc.

Opuesto al anterior es el *picnico* o *brevilineo* por predominar los diámetros horizontales a los verticales; son personas de cara ancha, cabeza grande, frente amplia, torax dilatado, hombros separados, cara redondeada de ángulos suaves, cuello macizo y vientre prominente etc.

Estas dos formas tipológicas son las fundamentales, pues la de los *atléticos*, es menos numerosa, siendo la mayoría de los casos de gigantismo, alteraciones hipofisarias y genitales que han sido esterotipadas en este refrán: HOMBRE MUY GRANDÓN, POCO VARÓN, y este otro: HOMBRE, HOMBRONAZO, PEREZOSO Y BELLA-CAZO; y en cuanto a los tipos *displásicos* son todos absolutamente anormales, endocrinológicamente y de un modo tan profundo que altera su constitución; de los bufones representación genuina del tipo displásico dice el refrán: MONSTRUOSO CUERPO, MONSTRUOSO INGENIO, esto último no siempre cierto por ser muchos verdaderos oligofrénicos.

Si otros méritos no tuviese Miguel de Cervantes, bastaría la descripción tipológica de Don Quijote y Sancho, para gozar renombre universal e imperecedero, pues, psicológicamente corresponden a los tipos asténico y *picnico* descritos de una forma maravillosa, que indudablemente sirvieron a Krestschmer para su estudio. Don Quijote como perfecto asténico es idealista, no atiende a su hacienda por ilustrarse en libros de caballería y sale al mundo a buscar aventuras, deshacer entuertos y reparar agravios e injusticias, nada arreda ante su fé, ni los golpes ni los fracasos, es el espíritu rectilíneo de temperamento esquizoide que como las piedras sillares de un edificio tienen sus aristas y son básicas. Sancho Panza representa al *picnico*, tiene mayor número de goces vegetativos, su ilusión es vivir bien y tranquilo y sus ambiciones puramente materiales, el temperamento es cicloide, es decir, se ilusiona y desanima, se alegra o se entristece según las circunstancias y los impulsos de su corazón, ilusionado de ser

Gobernador de la Insula no siente apego al cargo ante las privaciones de la comida y de la tranquilidad; comentando estos dos tipos con el llorado maestro estaba conforme en un todo con esta descripción tipológica, y respecto a Sancho bellamente lo tenía representado en un cuadro que le regaló Moreno Carbonero, colocado en su despacho, en el que Sancho abraza a su burro y le pide perdón por haberle abandonado cuando se fué de Gobernador.

Jaensch, hace una clasificación más psicológica de la personalidad, en hombres integrados o eidéticos, y hombres desintegrados, según que las facultades intelectivas se penetren entre sí más o menos intensamente.

La clasificación de Jung, es de hombres intravertidos y extravertidos, está fundada en la posición reflexiva y conducta retraída mayor o menor: Parecida es la división de Pfahler en rígidos y fluctuantes, según su comportamiento y firmeza de ideas.

Filosóficamente existen muchas clasificaciones que yo considero derivadas de las anteriores; sin embargo no puede prescindirse de recordar la doctrina de Sprange y sus seis tipos fundamentales: hombre teórico puro, económico, esteta, social, político, y religioso.

Como perfecta, teóricamente, dada la amplitud con que estudia la personalidad, puede considerarse la clasificación de Pende: imaginémos una pirámide cuya base es el patrimonio hereditario y los lados los factores morfológicos, dinámicos, intelectivos, y morales; y así había de resultar una pirámide de distinta forma; alta, gruesa, torcida etc. y llamaría a los tipos taquipsíquico, bradipsíquico, etc.

Compréndese cuan difícil es catalogar a un individuo, pues ninguna clasificación es completa, sin embargo, todos los autores coinciden en que en el hombre intervienen dos factores, uno el constitucional hereditario, que es el genotipo, otro el influido por el ambiente y que se denomina fenotipo; ambos dan la inmutabili-

dad que glosa el refrán: GENIO Y FIGURA, HASTA LA SEPULTURA, sin embargo en el hombre el medio ambiente, la educación, y otras circunstancias modifican un tanto el espíritu y de ahí que muchas veces no conozcamos perfectamente al individuo, siendo cierto aquello de que: LAS CARAS LAS CONOCEN LOS HOMBRES, Y DIOS LOS CORAZONES.

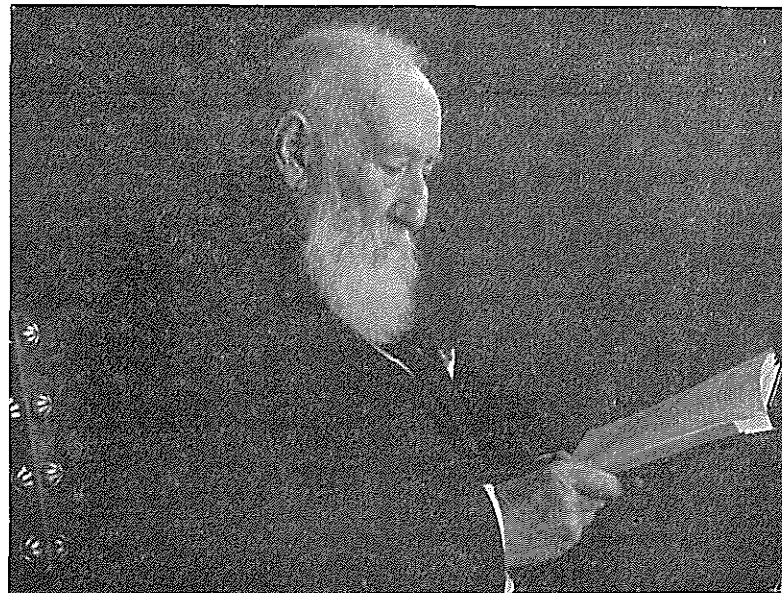
Tipos perfectos como los propuestos por los autores, no existen en la especie humana, ya que los progenitores tampoco lo son perfectamente puros, y en todo individuo hay siempre caracteres hereditarios de otros tipos, pero eso no excluye para que en cada hombre predominen los de uno determinado.

En Rodríguez Marín predominaban morfológica y psicológicamente los rasgos del longuilíneo o asténico, como lo fueron Cervantes y el Cardenal Cisneros, y si la personalidad de nuestro llorado maestro la enjuiciamos por otras clasificaciones distintas de la de Kretschmer, tendríamos que encuadrarle entre los hombres eidéticos o integrados de Jaensch, o en los intravertidos de Jung y rígidos de Pfahler, todo ello limando las aristas, y que hacían de la patriarcal figura de D. Francisco un modelo, por la bondad de su corazón, inteligencia privilegiada, energía de carácter, dulcificada por su simpatía y la gracia andaluza que derrochaba por doquier.

En unas declaraciones que hizo D. Francisco en la prensa, y publicadas recientemente en un folleto, dice el maestro aludiendo a su longevidad: «tal vez a que soy hijo de padre sano. Mi pobre madre murió joven de una hemiplejía. Acaso también a que he llevado buena vida. Me he divertido sin abuso», punto este que siempre le oímos glosar con un refrán de gran aplicación en medicina y en la vida en general: ABUSAR, ES MAL USAR.

Estos caracteres genotípicos eran morfológicamente los siguientes: talla alta, pues a pesar de sus 88 años era esbelto como puede verse en la fotografía y superior a 1,70; por efecto

de la retracción cicatricial consecutiva a una traquiectomía tenía un tanto flexionada la cabeza. De niño, según su propia declaración, tuvo que pasar tres años en el campo por el rápido crecimiento y una febrícula rebelde, interesantísimos de tipo asténico juvenil.



EX.^{MO} SR. D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

† 9 JUNIO 1943

La cabeza de D. Francisco era de estudio para un artista, por la proporción y nobleza de sus rasgos; proporcionada, tenía una singular expresión por la viveza de sus ojos oscuros, de mirada penetrante, pómulos salientes, labios finos, nariz aguilena que daba mayor agudeza a su expresión, una barba apostólica blanca, completaba la expresión, bondadosa e inteligente de su cara.

El pelo era blanco cuando yo le conocí, castaño oscuro lo tuvo en su juventud, no llegó a ser calvo completamente, sino con entradas e irregularidades como corresponde a los asténicos, bien diferente a esas calvas en forma de bola de billar de los pínicos.

El resto de sus caracteres morfológicos también se relacionaba más con los primeros dando con mucho preferencia a las sensaciones espirituales que a los placeres vegetativos.

En sus obras refleja Rodríguez Marín sus principales características psicológicas de tipo esquizoide como corresponde a los asténicos o longuilíneos, ejemplo es la constancia en el ideal literario, v. g. el folklórico iniciado en la niñez, cuando en su convalecencia en la viña de bago dulce, rellenaba cuadernillos con los refranes y coplas que oía a los cavadores y vendimiadores, así como las narraciones de su sirvienta Lolilla, a la que consideraba —y lo ha escrito el maestro— como su primera maestra de folclore, afición que ha continuado firmísima hasta la muerte, habiendo publicado 22 obras sobre esta materia. La devoción a Cervantes profesábasela también desde la juventud, identificándose espiritualmente con el glorioso manco de Lepanto, de tal manera, que asimiló el espíritu de la época recogiendo íntegra la cultura de los siglos XVI, XVII incluso en la parte médica y en tal extremo de compenetración, que Menéndez Pelayo llegó a decir que Rodríguez Marín más que un imitador, y discípulo de Cervantes era «compañero póstumo».

En la clasificación de Spranger, podría incluirse a nuestro maestro entre los estetas, o sea, en los que por la belleza, perfección y fidelidad de su obra, no osan imponer normas distintas de las que tiene en la realidad, es el caso del erudito perfecto, bien diferente de los de otro tipo, que son coloristas y fantaseadores, precisamente por eso, no se decidió Rodríguez Marín a componer la biografía de Cervantes, a pesar del estupendo material que había reunido y que publicó para que lo utilice quien

se sienta con fuerzas en un libro titulado: «Nuevos documentos cervantinos hasta ahora inéditos», (Madrid 1914) y que comprenden 122 referencias de primera mano.

Multitud de anécdotas podríamos referir relacionadas con la constancia y firmeza de carácter, que sin embargo era modificado cuando lo imponía el bien sentido como sabe hacerlo todo hombre reflexivo y estudioso. Muchas veces le oí decir por ejemplo: NOVEDADES, NO VERDADES, mas cuando comprendía su fundamento aceptábalas sin reserva, renovando y refrescando sus ideas inteligentemente; en el aspecto médico puedo decidir que cuando en el año 1932, sufrió una fiebre bilioséptica aceptó docilmente tras breve defensa la novedad para el de ponerle inyecciones intravenosas de uritropina, igual ocurrió en el año 1939, con una cura con sulfamidas en un brote pneumónico que padeció en el lado izquierdo. En medicina, creía no se debía ser clásico, sino renovado.

La línea de conducta firme y rectilínea con arreglo a un ideal, sufre por la fuerza del ambiente y de la edad, la natural evolución, mas nunca fluctua; así el maestro hubo por necesidad de cambiar su afición literaria juvenil, por la profesión de abogado para constituir su hogar; volviendo a la literatura cuando por la fuerza dejó de ejercer a los 50 años, esta fué la crisis mayor del maestro, ya que en la plenitud de sus facultades como abogado, tuvo un epiteloma de laringe, teniendo que ser sometido a una intervención que realizó el Dr. Cisneros, y en la que para salvar la vida había de perder la voz para siempre.

Todas las amarguras se acumularon; desengaños de amistades, agobios económicos, desolación en suma que hubiesen en breve espacio agotado a un hombre que no hubiera tenido el ideal literario de Rodríguez Marín; 39 obras llevaba publicadas al par que ejercía la abogacía, junto a una sólida preparación que le permitieron reorganizar su vida, naciendo con todo esplendor para la literatura, a la que se consagró por entero desde entonces, con

una constancia tal, que no bajaría de ocho y diez horas diarias el tiempo dedicado exclusivamente a la investigación; Festina lente. Apresúrate despacio, fué su lema de siempre.

Rodríguez Marín no llegó a la patológica vejez, sinó a la fisiológica ancianidad, lesiones arteroesclerósicas principalmente en las piernas se iban extendiendo desde meses antes, perdiendo la confianza para salir a la calle, el pulso y el cerebro mantuvieron su lozanía hasta el último momento.

Una localización ateromatosa en el tronco basilar disminuyó el riego sanguíneo del nucleo vital sucesivamente apareció la disfagia y la total afonía por parálisis del nervio laríngeo, posteriormente se invadieron otros pares inmediatos y rápidamente los nucleos cardiacos de pneumogástrico; en su sillón frailuno de su tercera mesa de trabajo le sorprendió la muerte sin agonía alguna.

Enmarcado tenía en su despacho un autógrafo de Santa Teresa, era un fragmento de la carta que esta Santa dirigía a la duquesa de Alba, aconsejándola sobre la conducta a seguir en las ingrati-tudes humanas, es una fórmula maravillosa que D. Francisco glosó en un admirable soneto, y cuyo final es literalmente el consejo de la Santa de Avila. Muchas veces el maestro recitaba esta especie de oración para reforzar su carácter cuando las adversidades le aquejaban:

«Ve cuan presto se mudan las personas,
y cuan torpe es fiar de seres tales,
y ásete bien de Dios, que no se muda.»